

Confesiones de un gobernador

Triste Lección

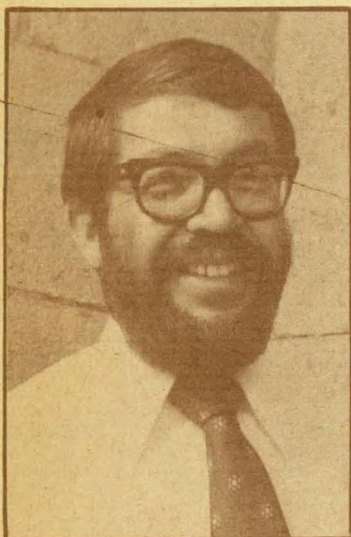
EL LIBRO DE LORET DE

MOLA CONTRA ECHEVERRÍA



“¿Es el mismo Loret que habla del mismo Echeverría?”.

OR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Con envidiable estilo periodístico, Carlos Loret de Mola ha escrito un libro que está gando injustificada fama. Montado en la furiosa ola del antiecheverrismo, denunciador de negocios y maniobras de Carlos Sansores Pérez, es comprensible que gane adhesiones, pues no faltan motivos para lo uno y para lo otro. Pero de allí a considerar al ex gobernador de Yucatán como un héroe civil, a quien habría que erigir monumentos porque nos descubre las entretelas del poder, en actitud que se califica de valiente, hay una distancia grande que haríamos bien en no recorrer.

“¿Qué hace un hombre que gobierna ante el odio de enemigos demasiado poderosos?: quejarse, inventar conspiraciones, practicar el autoelogio, simular,

mentir... La pregunta entrecomada es uno de los “slogans” con que Grijalbo anuncia las “Confesiones de un gobernador”, de Loret de Mola. La respuesta es una de las conclusiones que se desprenden de la lectura del libro. Con insólito éxito, de la obra se han vendido en sólo dos meses treinta mil ejemplares. Nos caería bien al ánimo imaginar que el interés por la literatura política está creciendo, como signo de participación. Sería cómodo decirnos que eso muestra de qué manera el público aprecia el que los políticos dejen testimonios de su experiencia y su actuación. Lamentablemente, la obra de Loret de Mola está muy poco por debajo de la fama que ha ido cobrando.

En primer término, quedó afectada por la censura o la autocensura. Naturalmente, uno ignora hasta qué grado. Pero hubo una u otra, duda, como lo enseña un ejemplo. Antes que el libro estuviera en circulación, la revista mensual “Confesiones”. En el resumen se incluyó un pasaje cuidadosamente podado, en la versión completa. En esta —por lo menos en la primera edición, terminada de imprimir el 27 de abril de 1978, se narra un desayuno en un hotel de la ciudad de México para cerrar un negocio relativo a la pavimentación de algunas calles de Mérida. Asisten, el propio Loret de Mola, el alcalde y enemigo de aquel, Víctor Cervera Pacheco, Bernardo Quintana, el famoso contratista, que se encargaría de la obra, y un personaje al que no se llama por su nombre pero que aparece como el “padrino”, de la operación. El autor olvidó, tal vez, suprimir ese nombre del manuscrito entregado a “Contenido” para la versión compendiada. Allí se lee el nombre de Rodolfo Echeverría Álvarez. ¿Qué pasó? Sana cautela, temor de última hora, aclaración de circunstancias: cualquiera que haya sido la causa, el hecho deja una sensación de desconfianza en las “Confesiones”: sabemos a partir de él que allí no toda será verdad ni toda la verdad estará allí.

El contenido principal del libro se resume en los ataques al presidente Echeverría. Imposible enumerarlos todos en este artículo: habría, casi, que reproducir la obra por completo. Tomando de aquí y allá, en las “Confesiones” los juicios sobre Echeverría, éste resulta ser un hombre “sin brillo propio”, “estudiante mediano”, “alérgico a los idiomas, el castellano inclusive”, “muy escaso de imaginación”, incapaz de deglutir sus amarguras. El Echeverría pintado por Loret “corresponde con un golpe al esfuerzo que (Loret ha) realizado”; “no jugaba limpio”, practicaba la “felonía política”, se sentía feliz en medio de los desórdenes, carecía “de

organización mental”. Responsabilizado por el gobernador de ciertos calificativos que a Loret se le lanzan, éste encuentra la explicación en el “espíritu perverso y mente deficiente” de Echeverría que, genocida en potencia, “tal vez... en el fondo hubiera deseado la extinción de los yucatecos”.

Para conocer a cabalidad el pensamiento loretiano sobre Echeverría, sin embargo, no hay que limitarse a la lectura de este su “best seller”. Hay que acudir a fuentes complementarias, como por ejemplo su último informe de gobierno, del 14 de diciembre de 1975. También sería ardua y prolongada labor repetir lo que allí dice Loret de Echeverría. Tomemos, por eso, sólo algunas muestras:

“Quiero referirme al Ejecutivo Federal, porque he vivido sus angustias, tanto en su recorrido de candidato como en sus visitas de presidente, ante el reto de los problemas de Yucatán, y me consta la sinceridad de sus propósitos, la grandeza de sus determinaciones y la generosidad de sus acuerdos. Echeverría ha roto muchas normas viciadas. Por ejemplo, antes de él no era posible a los gobernadores comunicarse telefónicamente con el presidente...”

“La liberalidad del presidente Echeverría, su accesibilidad, bastarían para consagrarle en la gratitud pública y su nombre queda escrito para la memoria de los yucatecos como el constructor de nuestra infraestructura y el más valeroso desafiador de los complejos problemas de nuestro agro”.

¿Es el mismo Loret que habla del mismo Echeverría? Sí. Pero, atención: no se trata del proceso, comprensible y frecuente, en que un hombre modifica su juicio sobre otro por conocerlo más, por descubrir tardíamente hechos que ignorara, por una variación de sus concepciones políticas. No. Los calificativos adversos a Echeverría los tenía ya en su mente el gobernador entre 1970 y 1975. Ya denostaba “en su hermético fuero interno” al presidente al que alababa en público.

Y vaya forma de elogiarlo. Porque, como dice uno de los cerebros de la telecracia, aún hay más:

“Como gobernador saliente de Yucatán declaro en este acto que el primer magistrado de la República me escuchó siempre, me atendió siempre y —le ruego decírselo, señor doctor Ginés Navarro (secretario de Salubridad, representante presidencial al informe)— el pueblo yucateco le responde y le responderá siempre no sólo con gratitud a su acción, sino con profunda lealtad hoy a su figura y mañana a su memoria”.

Sería profundamente injusto, sin embargo, afirmar que esta capacidad de elogio mostrada por Loret en su último informe está ausente de sus “Confesiones”. Sólo que el objeto de las loas ya no es Echeverría sino, por ejemplo, López Portillo: bastaba con que éste, todavía secretario de Hacienda, llegara a Yucatán, o que le dirigiera miradas de comprensión, para que el gobernador se sintiera reconfortado. Pero lo que haría las delicias de un psicoanalista es la relación completa de los juicios laudatorios que sobre sí mismo formula Loret. He aquí sólo algunos, su propio retrato... el vituperio que resulta de la alabanza en boca propia:

Generoso, caballeroso, la mejor carta del PRI, representante de una nueva corriente, dotado de absoluta seguridad en sí mismo, pleno de fe, de esfuerzo y de humildad, digno, dueño de una férrea voluntad, audaz, poseedor de una estructura moral firme, honorable, disciplinado, decente, leal, vertical, recto, capaz de tratar bien a todos, “inclusive a mis enemigos potenciales y sospechosos”, etc.

¿Cómo con tal suma de virtudes Loret no fue el gran gobernador que uno supondría por la descripción? El mismo se confiesa por debajo de lo deseable: pensando, cito de nuevo su sexto informe, en Echeverría (“sin lugar a duda el presidente que ha abordado con sentido de estadista, valor de auténtico revolucionario y sensibilidad singular de patriota, el fondo mismo de nuestros problemas”) Loret confiesa: (Sigue en la página 158)